

Confesiones

1950-2191

Todas las entrevistas aparecidas en el libro *Confesiones*, de Sergio Marras (recién publicado por las Ediciones del Ornitorrinco), han sido efectuadas a personas que en algún momento tuvieron importantes funciones en el gobierno de Pinochet (incluso algunos participaron directamente en la gestión del 11 de septiembre de 1973), para posteriormente transformarse en disidentes y opositores al régimen.

Federico Willoughby, ex secretario de prensa del gobierno; Liliana Mahn, ex directora nacional de Turismo; Mónica Madariaga, ex ministra de Justicia y Educación; el general Nicanor Díaz Estrada, ex ministro del Trabajo y uno de los conjurados del golpe; y el general Gustavo Leigh, ex comandante en jefe de la Fuerza Aérea e integrante de la Junta de Gobierno hasta 1978, revelan en estas conversaciones detalles inéditos de hechos significativos en la historia de estos quince años, como la gestación del golpe, el asesinato del general Prats o las ambiciones de poder de Pinochet.

Lo que publicamos a continuación son fragmentos de algunas de las entrevistas.

Federico Willoughby

—¿Qué se le asignó a usted el día 11 de septiembre?

(...) Cuando me avisaron a mí, tenía gente a comer en la casa. Después del café despedí a mis visitas y salí, porque había una parte de las cosas que debía hacer y eso tenía que ver con neutralizar la capacidad de instalación de la radio de la Universidad Técnica del Estado. Yo sabía cómo ubicar el acceso a la pasada de los cables alimentados. Una vez que hiciera esto, tenía que irme al Ministerio de Defensa. Pero, desgraciadamente, nos atrasamos y no estuve a la hora donde me iban a pasar a buscar para llevarme al ministerio, así que volví a mi casa para cambiarme de ropa porque me había ensuciado y para descansar un rató. Cuando estaba descansando, no durmiendo, sonó el teléfono. Era la señora de un oficial que llamaba a mi mujer para decirle que había golpe, que no mandara a los niños al colegio, y...

—¿Eso fue en la madrugada del martes 11?

—Sí, como a las cinco o seis de la mañana, aún no aclaraba, y yo me aterré porque pensé para mí mismo, si están las señoras avisando por teléfono, así, a destajo, estamos pillados no más, nos van a matar a todos. Le dije a mi mujer que se quedara tranquila, que no hiciera caso, que no avisara a ninguna parte porque ella se alteró y quería llamar a su familia y avisarle a los demás. "Có-



mo se le ocurre que el martes en la mañana va a haber golpe", le dije. De todas maneras, me levanté y me fui al Ministerio de Defensa, y ya ahí me constituí con el almirante Patricio Carvajal, con Pedro Ewing, con el general Nicanor Díaz Estrada y con el coman-

dante Guillard para empezar a preparar la transmisión de los bandos y las cosas que teníamos que hacer. Tenía una emoción contenida muy grande, porque en realidad el éxito de la operación era una cosa que no estaba asegurada y el desafío tenía un sentido histórico.

—¿Hubo resistencia en el Ejército?

—Que yo sepa, no. Entiendo que hubo lugares donde no se acataron las órdenes y de inmediato tomaron medidas disciplinarias con esa gente. Precisamente donde se había ido la familia Pinochet, en el regimiento Guardia Vieja, en Los Andes, murió el comandante Cantuarias. Allá pasó la señora Lucía con los niños el día 11 de septiembre.

—¿Se resistió el comandante?

—No sé detalles, pero Cantuarias murió.

—En 1974 se crea la DI-NA, ¿no es cierto?, y luego viene el asesinato de Carlos Prats en Buenos Aires. ¿Qué repercusiones internas tienen estos hechos? ¿Cómo se leen estos crímenes dentro del gobierno? Usted estaba metido con todos los generales, ¿qué piensan, qué dicen?

—Yo creo que, en el seno del gobierno y de sectores de la opinión pública, la lectura era que el general Prats y su señora habían sido asesinados por intervención del Ejército chileno. Lo que no estaba claro, y ahí cada uno tenía su propia versión, era si lo habían hecho directamente o si se lo habían encargado a otros. Si lo

había dado a hacer uno o si lo había mandado a hacer otro, pero lo que estaba claro es que era de factura local (...) Ahora, nadie osaba comentarlo en voz alta ni hablar del tema, pero ése era el sentimiento que existía. Entonces, lo que usted oía decir era "puchas, se les pasó la mano", "pa' qué mataron a la señora Sofía".

-¿Se comentaba solamente con estilo pragmático, así, "se les pasó la mano", o había un pesar más profundo?

-Todo este incidente es muy trágico. Recuerdo haber visto, entre la gente que trabajó con Prats, dolor, porque él había sido un hombre que tenía una gran influencia intelectual sobre sus subordinados. Pero la pasión que había despertado todo el poder y el entorno del poder eran muy fuertes, entonces también había exaltados que decían "que se habían demorado mucho" y que "podrían haberlo hecho mucho antes", que era un peligro y otras cosas por el estilo.

-Se crean con el asesinato de Prats ciertas reticencias al interior del Ejército? ¿No hay alguien que diga "esta cosa se está empezando a poner de una manera que

no queríamos"?

-No. Yo creo ver nacer un gran temor. Cumple el objetivo de ser un acto intimidatorio: aquí, el que no juega para donde tenga que jugar...

-A partir de ese momento la DINA comenzó a actuar bastante activamente. ¿Eso se detectó dentro del régimen?

-Hay un asunto de la organización del sistema de seguridad del Estado en el cual se parte con una concepción equivocada que yo combatí, hice presente al Presidente a través de un memorándum y lo conversé con los miembros de la Junta de Gobierno (...) Y es el peligro de crear una entidad de seguridad que al mismo tiempo investigue, juzgue y ejecute. Eso forma un poder dentro del Estado que es peligroso para el Estado mismo, porque debilita y le quita transparencia a los poderes regulares del Estado. Eso yo lo percibo en mi conciencia de cientista político, lo combatí en la medida de mi alcance (...) traté de hacerlo presente, otras personas también lo hicieron, pero sin éxito, porque el Presidente y los miembros de la Junta estimaron finalmente que ése era el camino.

Liliana Mahn

-Cuando el 11 de septiembre de 1973 usted se enteró de que ese subdirector de la Academia de Guerra que conocía (Pinochet) encabezaba el golpe de estado, ¿qué impresión tuvo?

-¡No lo podía creer! Me parecía increíble que él, amigo de Schneider y de Prats, constitucionalista como ambos, fuera el líder de un golpe de estado. Además, siempre había escuchado que Pinochet era un buen ejecutor; un señor empeñado y responsable, pero nunca se hablaba de él como un intelectual ni como un conductor de masas. Esos roles se los adjudicaban a Prats, a Schneider o a Mahn.

-¿No se imaginó que llegaría a Presidente de la República?

-Jamás. Para mí, esos señores habían actuado para dar una solución doméstica y de emergencia a una situación desesperada. Yo me creí absolutamente lo que se difundió en los primeros bandos; ellos estarían ahí hasta restaurar a la brevedad posible la institucionalidad quebrantada. Además, como yo vivía en Valparaíso, estaba convencida de que la Armada había si-

ILAB

en Chile

PARA SEGUIR VIVIENDO

RECITALES en:

CONCEPCION - 25 de septiembre - GIMNASIO LORD COCHRANE
Venta de entradas en Disquería Gatto's.

TEMUCO - 26 de septiembre - GIMNASIO LA SALLE.
Venta de entradas en Disquería Universitaria.

VALPARAISO - 27 de septiembre - FORTIN PRAT.

SANTIAGO - 29 30 de septiembre, 1º de octubre - TEATRO CALIFORNIA.

ORGANIZAN:

AUSPICIAN:

análisis

CENTRO
STIMONAMERICANO
SIMON BOLIVAR

CAFE DEL CERRO

AGENCIA DE VIAJES

VICAR TOUR

INSAY ELECTRONICA
JOSE MANUEL INFANTE 241
TELÉFONO 91061. PROVIDENCIA

MUNBRAL



do la autora intelectual y la impulsora del golpe y en un momento pensé que ellos participarían como protagonistas. En todo caso, no vislumbré personalismos, sino rotatividad y acción colegiada, pero no se me pasó por la mente que don Augusto Pinochet fuera a convertirse, primero, en el *primus inter pares* y, luego, en el que dominaría absolutamente la situación, a punta de habilidad y de claras demostraciones de fuerza. Reconozco que se me olvidaron algunas condiciones que se le atribuían: el ser muy tozudo, obcecado y ambicioso.

-Mientras usted estaba en la cumbre de su éxito profesional y como mujer, fue asesinado Carlos Prats en Buenos Aires, el ex canciller Orlando Letelier en Washington, y Bernardo Leighton cayó acribillado en Roma y salvó milagrosamente con vida. ¿Qué sintió frente a estos hechos?

-¿Pero qué quiere que le diga? Yo en ese momento no pensaba que esta gente, la gente que yo conocí como seres buenos y hasta ingenuos, pudieran ser autores de algo tan siniestro. Mucho tiempo después, un funcionario mío me dijo: "Liliana, pero nosotros siempre lo hemos pensado". Le dije "no puede ser" y se me encogió el alma frente al primer atisbo de duda.

-¿El temor ambiental fue parte de su desencanto?

-No, porque yo siempre he tenido fe y confianza en mí misma y en la humanidad. Pero no puedo negar que el dolor, el amedrentamiento y la amenaza a los demás me producía preocu-

pación y sufrimiento. Lo que sí me desencantó fue constatar -al final- que el proceso de corrupción, de abusos, de descriterios y despersonalización era y es parte del poder ilimitado y prolongado. Esto lo percibí sobre todo en algunas personas relacionadas con las fuerzas armadas o en personeros de la CNI que demostraban su poderío en cosas tal vez triviales, pero no por ello menos decidoras, como pasarse las luces rojas, soslayar un trámite o exigir entradas para un espectáculo; o en otros aspectos más relevantes, como seleccionar o promover a alguien para un cargo, no por su talento o sus capacidades, sino por su adhesión al sistema (...).

-¿Cómo mira ahora hacia atrás? ¿Cómo cree que ha evolucionado el régimen en que usted durante un tiempo creyó?

-Creo que de una intención sincera de restaurar una institucionalidad quebrada se pasó a una dinámica de ambición de poder, de culpas y omnipotencias, que los hizo desconfiar de todo y de todos. Ya no fueron sólo antimarxistas, sino antidemocratacristianos, antiiglesia, antitrabajadores, anti el mundo; y eso divide, parcela y es frágil en su esencia. Y en esta misma dinámica se han cometido demasiados atropellos, injusticias, abusos de fuerza y de poder que nos hace sentir a la mayoría de los chilenos que eso no fue lo que buscamos o quisimos para nuestro país. Creo que las modernizaciones y el progreso económico no justifican la desintegración social y la

pérdida de identidad y solidaridad nacional que se ha producido. Y eso no se puede pasar por alto (...) A mí o a mi familia nunca nos han "tocado", pero no por eso yo puedo cerrar los ojos a una realidad de violación sistemática de los derechos de otros hermanos, compatriotas míos. He conocido demasiados con huellas físicas, morales y espirituales que no sé cómo van a ser compensadas y reparadas. A veces pienso que las fuerzas armadas no saben cómo salir dignamente del laberinto en que este sistema las encajonó. Pienso que cuando se ocultó el primer preso y se le dio por desaparecido; cuando no se dijo la verdad ni se entregaron los antecedentes a la justicia; cuando se eliminó a alguien porque molestaba, ya se hicieron esclavos de la propia trampa. De esta autotiranía surge el sectarismo, el fanatismo, el dogmatismo, el mesianismo y todos los ismos. Y entonces, no sólo se conculcan los derechos humanos cuando se tortura o se mata, sino cuando no se da derecho al trabajo, a la expresión de la opinión o la verdad, a la asociación pacífica, a la libertad de elegir y cuestionar (...) Creo que Chile merece un destino sin exiliados, sin marginados, sin verdades a medias, sin humillación. Creo que hay una ética que subsiste en todos los chilenos y que hay que recuperar.

Nicanor Díaz Estrada

-¿El General de Ejército Sergio Arellano Stark creía que Pinochet se oponía al golpe?

-Todos lo creíamos. Yo me despedí de Carvajal a las once y media de la noche (sábado 8 de septiembre de 1973, casa del almirante Patricio Carvajal en Quinta Normal). Tomé mi auto y me dirigí a la puerta de la Quinta, hacia Santo Domingo, y cuando voy doblando aparece Arellano a pie muy elegante. "¿De dónde viene, general?". "De un matrimonio". "¿Fue a hablar con Pinochet?". "No, no hablé". "Y entonces, ¿cómo tiene cara para llegar aquí?". (...) Arellano no se había atrevido a ir a hablar con Pinochet. Le contamos lo que habíamos hablado con Carvajal y nos despedimos. El día domingo estoy en mi casa y como a las tres de la tarde me llama Carvajal por teléfono. Me dice: "Mire, Nicanor, hay una persona aquí que quiere hablar con el general Leigh". Le dije que me diera el número de teléfono para lla-

marlo de vuelta. Leigh estaba con el general Herrera, con Julio Tapia y con dos capitanes más. Los encontré redactando la proclama que se difundió el 11. Llamó él a Carvajal y cuando cortó nos contó "viene el almirante Huidobro de parte de Merino a hablar conmigo, también va a ir a hablar con Pinochet". "Pero antes que vaya él, voy a ir yo". Bueno, Leigh se fue a la casa de Pinochet, creo que estaba de cumpleaños su hija Jacqueline. Y entonces fue a plantearle lo del golpe. "Decídete -le dijo-, porque nosotros ya lo estamos y si no te decides tú, vamos a ir solos con la Marina, y el Ejército se va a quedar fuera". Y en eso, timbre, y llega Carvajal con Huidobro y González. Entonces Huidobro traía un papel de Merino que decía: "General Pinochet, general Leigh, decídase por el bien de la patria, etcétera, y si están conformes, firmen". Este papel lo tiene Merino en su oficina puesto en un marco. Leigh le plantea el asunto a Pinochet, y Pinochet vacila. Entonces Leigh le dice: "Bueno, decídete de una vez por todas. A ver, Huidobro, pásame la carta. Yo estoy conforme". Leigh firmó con la lapicera de Huidobro, que era la misma con que Merino había firmado. Entonces se la pasa a Pinochet y le dice: "Decídase, mi general, firme". Pinochet fue a su escritorio, abrió un cajón, sacó la lapicera y un timbre con el pie de firma.

-O sea, ¿ésa es la primera vez que Pinochet se entera del golpe?

-Claro.

-¿Cómo evoluciona el general Pinochet a partir del 11 de septiembre de 1973?

-El 11, Pinochet se sentía como el dueño de la película. Usted ha oído las grabaciones, ¿no es cierto? Ya era dueño de la película. El dijo, por ejemplo, que metieran a Allende y a todos sus familiares en un avión, y que después el avión se caía. Eso está en la grabación, cualquiera lo puede escuchar.

-¿Los consejos de guerra posteriores al golpe realizados por la Fuerza Aérea, a su juicio, fueron justos?

-Se los juzgó con defensa y todo. Ninguna de las otras instituciones hizo eso. En Carabineros murieron algunos oficiales, los balearon. En el Ejército, al coronel que estaba a cargo de la Escuela de Alta Montaña -justamente donde se refugió la señora de Pinochet para el día 11- lo trajeron preso al día siguiente a la Escuela Militar y le dejaron un revólver sobre la mesa para que se suicidara.

-¿No lo fusilaron?

-No, se suicidó (...)

-¿Es cierto que hubo una conspiración para terminar con el poder de la Junta de Gobierno?

-A fines de diciembre de 1973 vino un oficial de Inteligencia naval (...) y me dijo que quería hablar conmigo una cuestión confidencial. "General -me dijo-, hay una conspiración para deshacer la Junta". "¿Cómo?". "Pino-

chet piensa que no se puede gobernar con Junta, que tiene que ser una sola persona la que tenga el mando. Va a exigir ser nombrado Presidente de la República". Yo fui y le conté a Leigh. Entonces me dijo: "¡No puede ser, tenemos un pacto de caballeros entre nosotros!". "General, yo le cuento lo que sé, ahora usted verá qué es lo que hace". Pasó el tiempo, en abril de 1974 entregué la subjefatura del Estado Mayor (...) y volví a la Fuerza Aérea. Ese día hubo una pelotera entre los cuatro de la Junta arriba. Leigh le dijo de todo a Pinochet. Entre los generales se bromeaba: "Primero, presidente de la Junta; después, director supremo; luego, Presidente de la República; y el próximo paso es Augusto I". Pero no teníamos mucho ánimo de reírnos, porque no estábamos de acuerdo con esta figura, y Leigh dijo que a él lo había pillado de sorpresa.

-¿Por qué se comprometen los militares con la derecha?

Cuando hablamos de la relación de las fuerzas armadas con civiles, hay que considerar que el sueldo de un militar no le permitía llevar una vida muy ostentosa; no es hombre que pueda ir a almorzar una vez por semana al Club de la Unión, ni ser socio del Club de Polo ni del Club de Equitación, ni tampoco ir periódicamente porque los costos son muy altos. Entonces, los empresarios, utilizando una cuestión muy humana, empezaron a acercarse a aquellos militares que tenían responsabilidades en la parte económica, en la Corfo, etcétera, y entonces los convidaban, hoy al Club de Polo, mañana al Club de Golf, al otro día al Club de la Unión, y el tipo con su sueldo no podía retribuir esas atenciones, entonces empezaron a sentirse comprometidos con estos empresarios que los trataban a cuerpo de rey y los hacían sentirse como un igual a ellos. Los empresarios prepararon así el terreno para tenerlos a su lado. Algunos militares creyeron que iban a ser siempre amigos de los empresarios y no se daban cuenta de que apenas perdieran la pega dejaban de serlo. A mí, cuántas veces me trataron de atraer en esa forma, y eso que yo no tenía nada que ver con los fondos, yo tenía que ver nada más con la parte laboral. Ahora, aparte de eso, alguien aconsejaba a Pinochet, indudablemente, porque Pinochet hasta el día de hoy no entiende de economía, y la mejor demostración es escucharlo leer discursos, cuando toca la parte economía, y usted se da cuenta automáticamente de que no sabe lo que está leyendo.*

